

CAPITULO XVII.

ORACION FUNEBRE

Que en las honras de D. Juan Ruiz de Alarcon y demas ingenios mexicanos y españoles, celebradas por la academia mexicana correspondiente de la Real Española en la Iglesia de la Profesa de México el día 3 de Agosto de 1878, pronunció el Illmo. Sr. Dr. y Mro. D. Ignacio Montes de Oca y Obregon, Obispo de Tamaulipas. Individuo de la misma academia y correspondiente de la Real Española.

El libri aperti sunt, et alius liber apertus est qui est vitae, et iudicati sunt mortui ex his quae scripta erant in libris.

Abrieronse los libros, y abriose tambien otro libro que es el de la vida y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros. Apoc. XXI. 12.

ILUSTRISIMOS SEÑORES(*):

Señores Académicos:

Grande y sublime ha sido el pensamiento que hoy nos congrega en derredor de este túmulo, abierto hace dos siglos y me-

(*) Los Illmos. Sres. Arzobispo de México que asistia en el trono, y Obispo de Oaxaca que oficiaba de pontifical.

dio, y que ruego al Señor nunca se cierre. Si el orar en general por los difuntos, aunque ni el parentesco, ni la gratitud nos liguén con ellos, aunque ni los hayamos conocido ni servido á la misma causa que nosotros; aunque su patria no sea la nuestra, ni hallan hablado nuestro idioma, es segun declara la Escritura, (*) una idea santa y piadosa *sancta et salubris est cogitatio*, ¡cuánto más laudable, cuanto mas meritorio, cuanto mas piadosa será ofrecer el Incruento Sacrificio y honrar la memoria de aquellos que, nacidos en nuestro suelo, dieron gloria á la patria y combatieron en la misma literaria milicia á que hemos dado nuestro nombre? Si el antiguo pagano, cuyas creencias en la vida futura se hallaban envueltos en mil errores; si el materialista y el ateo, han buscado siempre consuelo junto á las tumbas de sus allegados y compatriotas; nosotros que sabemos de cierto que nuestras preces alivian á las almas detenidas en el purgatorio; nosotros que no vemos en la muerte, sino un sueño prolongado de que se han de despertar los seres que amamos, ¡cuánto mayor consuelo no sentiremos, al venir á elevar nuestras plegarias sobre el lecho mortuario de aquellos á quienes debemos gratitud y amor!

Bien recordais, Señores, la gloriosa historia de los Macabeos: permitidme que ante todo y por un momento, os trasporte al campo de batalla de aquellos invictos adalides. El ejército infiel ha sufrido no léjos de Odolan vergonzosa derrota: los esforzados isrealitas lo han perseguido largo trecho en su fuga; pero aunque asistidos por Dios, esta vez les ha costado la victoria no pocos cadáveres, y caudillos y soldados se apresuran á hacer los últimos honores á sus compañeros de armas, y á trasladar sus restos á los sepulcros de familia.

Ved á aquellos campeones, que en el acto de la refriega no

(*) Apoc. XXI. 12.

atendian á los ayes de los moribundos; ved á aquellos cuyos corceles pasaban sin reparo sobre los cuerpos desarraigados de los que acaban de caer, vedlos ahora cual se detienen con ojos llorosos delante de cada compañero tendido, esforzandose por comunicarle vida y aliento, por recoger aunque tarde, su último suspiro. Los escudos que no sirvieron para guarecerlos de los dardos enemigos, se improvisan ahora en belicos ataúdes, y mientras unos desatan las rotas lórigas y otros corren á los pozos vecinos, y se llenan con agua sus yelmos para lavar los cuerpos de sus exanimas camaradas. Mas ¡hay! al cumplir con este piadoso deber se encuentran ocultas bajo las túnicas que aun cubren los cadáveres, algunas ofrendas de los consagrados á los ídolos de Jamnia.

Ignoraban acaso aquellos rudos, aunque piadosos soldados, que la Ley vedaba tomar y aun desear el oro ó la plata de que estaban formados los simulacros de los felices dioses, ó los dones ofrecidos por sus obsceados adoradores? ¿Se habian hallado en esa extrema necesidad en que hasta los panes de la proposicion podian sin culpa grave tomarse, como lo hizo en otro tiempo David? ¿Era tan insignificante la cantidad robada al templo de los Idolos, que pudiera comprenderse el hurto en la conocida regla de *parvum pronihilo reputatur*? Sea como fuere aunque en gracia de Dios, aunque arrepentidos de sus culpas, aunque sin reato de pecado mortal, las almas de aquellos valientes se habian presentado á juicio con manchas, si bien ligeras, y no podian pasar sin purificarse al lugar de eterno descanso.

Si pocas horas ántes hubiesen visto á sus compañeros rodeados por el enemigo, llevados prisioneros, encerrados en alguna fortaleza presa de las llamas, ¡con que ardor no se habrian lanzado á socorrerlos á ayudarlos á libertarlos. La fé les enseña que ahora tambien pueden prestarles auxilio, aunque

con armas de diverso temple; y desde el gefe Judas hasta el último soldado, caen de rodillas y poniéndose en oracion; ruegan á Dios olvide el delito de los que han combatido por su causa. Se hace una colecta por orden del generalísimo, y reúnen sin tardanza doce mil dracmas de plata que envian á Jerusalem, par ofrecer un sacrificio por los pecados de los conmitones difuntos!

¡Que cuadro tan poético y sublime nos presentan estos ortodoxos guerreros! Lloraron á sus camaradas, pero no con lágrimas estériles, sino con llanto acompañado de plegarias que los alivian y socorren. Veneran su memoria pero sin desconocer sus faltas, ni mirarlos á guisa de paganos, como nuevas divinidades. Rinden á sus cuerpos los últimos honores; pero pensando en la inmortalidad del alma, y abrigando religiosos sentimientos acerca de la resurreccion, porque de otra manera (añade la Escritura) ¿de que serviria orar por los muertos? ¿No seria un desperdicio verdaderamente loco, recoger tanta plata para inútiles sacrificios, *superfluum videretur orare pro mortuis*?

¡Oh cuadro verdaderamente bello y grandioso! Y sin embargo, Señores Académicos, es mas sublime todavía el espectáculo que estais dando ahora al mundo literario y al mundo cristiano. Desde que el Señor envió á nuestro suelo el cristianismo y la civilizacion, confió á una falanje de sus escojidos la difícil mision de ilustrar los entendimientos, de formar los corazones, de guiar las almas por medio de la letras. Vosotros sois el último eslabon de esta cadena y aunque separados por largo espacio de años y aun centurias, de aquellos primeros sábios, que hecharon por decirlo así, los cimientos de la gloria literaria de México, habeis comprendido que os ligan á ellos vínculos estrechos de fraternidad, y que son, vivientes aun en sus inmortales libros, vuestros compañeros de armas en la pa-

cífica milicia. Viven sí, en la república literaria, y vivirán mientras haya un rincón en el mundo en que se hable ó entienda nuestro sonoro idioma castellano. Son inmortales á los ojos de quien quiera que estime lo bello y es justo que honremos su memoria cuantos tenemos afición á las letras, cuantos admiramos el superior ingenio que el Señor no ha todos ha concedido. Pero si el mundo los proclama inmortales, el cristianismo se ve forzado á reconocer y confesar que la muerte obtuvo sobre ellos el inevitable triunfo. Si el literato se siente impulsado á celebrar su apoteosis, ó declararlos héroes, á colocarlos sobre las divinidades, el católico no puede menos que recordar que grandes y pequeños, han tenido que presentarse como los vió San Juan en el Apocalipsis ante el trono de Dios. Sus libros se han abierto forzosamente en presencia del Juez Supremo; y segun las sentencias y máximas que en sus hojas dejaron estampadas han sido juzgados en aquel tribunal inapelable. Al ser cotejadas esas obras que admiramos, con el libro de la Vida, que simultáneamente fué abierto, ¿habrán resultado todas y cada una de sus páginas absolutamente conformes con este soberano modelo? Al leerse los libros de su conciencia, ¿no habrán discrepado de lo que fué primero esculpido en el Sinai en las Tablas de la Ley, y despues trascrito en ese otro inspirado volumen? Solo Dios puede descubrir los arcanos de la conciencia; á Él solo es dado escudriñar nuestras almas con ojo infalible y pronunciar sobre nuestras obras seguro é irrevocable fallo. Pero en cuanto nos permiten la humana fragilidad y nuestro limitado entendimiento; en cuanto nos es dado juzgar por la lectura asidua de las lucubraciones de nuestros ingenios, podemos afirmar, sin temor de ofender la magestad del santuario, que los libros que nos legaron los verdaderos sábios y literatos que han florecido en nuestro México, están en perfecta armonia con las máximas y verdades, con los pre-

ceptos y doctrinas consignadas en el gran Libro de la Vida. Podemos inferir, sin temor de equivocarnos que siendo sus escritos cristianos y ortodoxos el reflexo de las almas de los autores, tambien el libro de las conciencias ha de haber sido hallado en el tribunal divino conforme á la norma suprema. Hé aquí en que consiste su verdadera gloria; y con esta confianza venimos á honrarlos al pié de los altares. Pero estos mismos libros, que constituyen por decirlo así, sus despojos, nos descubren al examinarlos minuciosamente, uno que otro desliz, una que otra mancha que no podemos disimular. Hé aquí, por que, cual los Macabeos al hallar bajo las túnicas las ofrendas robadas, caemos de rodillas, no para venerar como santos á nuestros sábios difuntos, sino para orar por ellos al Dios de las misericordias, y ofrecer por sus almas el Eucarístico Sacrificio. No es, pues, un panegírico el que vais á escuchar, ni ménos uno de esos elogios profanos, en que se presentan como tipo de perfeccion las acciones buenas ó malas, los escritos morales é impíos del héroe que se celebra. Muy diversa es la mision que me habeis confiado, cristianos miembros de la Academia Mexicana. Me habeis mandado encomiar á los sábios que han florecido en nuestra patria, no tanto por su ingenio como por su ortodoxia: quereis que muestre á la generacion presente que para ser México verdadero literato, es preciso, como lo hicieron nuestros mayores, profesar las doctrinas católicas, que parecen inseparables de las letras castellanas, me habeis encomendado que deposite á vuestro nombre en la tumba de nuestros doctos antepasados, no vanas coronas de cipres y de rosas, sino como dice San Efren, flores de oraciones, de sufragios, de sacrificios que mitiguen el fuego del purgatorio, si en el estuviesen aun detenidas sus almas. Esta mision, difícil pero grata, procuraré cumplir, fiado en el auxilio divino, y contando con la benevolencia vuestra y del auditorio que me circunda, que

mientras mas selecto y mas ilustrado, mejor sabrá compadecerme y disimular los defectos de mi discurso.

I.

Imposible pareceria, si no fuera un hecho tan manifiesto, que México, apenas conquistado contribuyera á la gloria literaria de España, con tan copioso y distinguido contingente.

Cualquiera creeria que el valor de las armas, habria impedido que las letras floreciesen en las nuevas colonias, y que la sed de riquezas no podria hermanarse con la ciencia. Si juzgamos, en verdad, por lo que pasa en nuestros tiempos, ó sacamos consecuencias de las operaciones que apasionados historiadores hacen de aquella época, tendríamos que afirmar que por muchos años despues de la caída del Imperio Azteca, nada habia visto nuestro suelo sino guerras, sangre, estragos, desolacion, esclavitud, ignorancia. ¿Quien habia de querer atravesar los inmensos mares para exponerse á peligrosas aventuras, sino soldados de fortuna, malhechores que no cabian en su patria, mercaderes codiciosos, sacerdotes que no podian brillar en su país por su ciencia ni virtud.

Y sin embargo, Señores, no fué así; las letras, y el saber y las artes, vinieron juntamente con las máquinas de guerra, y no solo fué México, el teatro de las azañas mayores que hayan visto los siglos, sino tambien la palestra donde desde luego se ejercitaron los ingenios más brillantes que produjera esa época tan gloriosa para las letras.

No habian trascurrido treinta y seis años desde que Cortés entrara triunfante en la capital de Moctezuma, cuando el emperador Carlos V. expedía una cédula, para la fundacion en la recién conquistada ciudad..... de un convento acaso? ¿de una escuela de indígenas? ¿de algun colegio preparatorio siquiera?

No Señores, de una Universidad basada en el sistema, en el sistema que entónces regia á las mejores, y destinada á brillar junto á la de Salamanca y de Oxford.

Y no creais que fué un vano decreto, como tantos que la historia moderna nos ha acostumbrado á admirar al principio, y á despreciar luego por su ineficacia y absurdos.

No contaba la Universidad Mexicana sino medio siglo de fundada, cuando un jóven doctor cantaba aquí mismo, sin temor de ser desmentido y en presencia del gran arzobispo D. García de Mendoza y Zuñiga, estos brillantes versos.

Aquí hallaré más hombres eminentes
En toda ciencia y en todas facultades
Que arenas lleva el Gange en sus corrientes.
Préciense las escuelas salmantinas,
Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
De sus letras y ciencias peregrinas;
Préciense de tener las aulas llenas
De mas borlas, que bien será posible;
Mas no en letras mejores ni tan buenas.

Y no era, Señores, á pesar de esta modesta consecion, tan escaso el número de laureados, cuando el mismo poeta añadió poco despues hablando de la propia México.

Donde tiene hoy un religioso celo
Cuarenta y dos conventos levantados
Y ochocientas y más monjas de velo;
Una Universidad, tres señalados
Colegios, y en diversas facultades
Mas de ochenta doctores graduados.

Y esta Universidad, apenas nacida y ya gigante, que con